

Antonio Cornejo Polar propone una revaloración de la historia literaria, en conexión con la ciencias sociales, para el estudio de la literatura hispanoamericana. La diversidad del fenómeno cultural peruano, relacionada a un proceso histórico social de múltiples articulaciones y tensiones, convoca con mayor intensidad la participación de una crítica atenta a los contextos de producción y de difusión de lo literario. Para Cornejo no se trata solamente de postular la necesidad de la historia literaria para el examen de lo literario, sino de asumir la historicidad como categoría elemental de una concepción de la nacionalidad, desde la cual puede construirse una tradición no parcializada que permita entender la literatura peruana como un proceso complejo. El concepto mismo de literatura, según Cornejo, requiere un reajuste en sus implicancias al ser aplicado a nuestra realidad cultural.

El autor es consciente de la "coexistencia de sistemas literarios diferenciados" (14) en el país, lo que configura una trama de tradiciones antagónicas que dan lugar a una imagen de nación. Si el crítico ha optado por el examen de los significados y de los contextos de la tradición hegemónica culta occidental, ha sido con el propósito de revelar desde este ángulo el mecanismo histórico que ha ido edificando tanto una literatura como un proyecto de nación en contacto conflictivo con los grupos sociales indígenas y populares. De este modo, la posición de los grupos marginados por el sistema hegemónico puede ser descrita de manera coherente a consecuencia de una definición de la historia de dicho sistema. No supone esto que sea la única perspectiva de conocimiento de las otras literaturas del país, sino un paso relevante hacia su comprensión dentro de una totalidad superior que explique su dinámica y precise sus distinciones.

«Jorge Puccinelli Converso»  
Cornejo inicia su exposición a partir del siglo XIX, con el establecimiento de la República que sigue al movimiento emancipador. Esta es una decisión importante, pues obliga al autor a dejar de lado la discusión conducida por los escritores de la colonia en lo que tiene que ver con su participación en una cultura no metropolitana, hecho que genera una creciente conciencia de diferenciación. Es comprensible que Cornejo enfoque su estudio desde inicios del siglo XIX, pues en esta época se da curso abiertamente a los intentos de conjugar la idea de una nueva nación con la idea de una nueva literatura, que es lo que el libro se dispone a analizar.

Dentro del ámbito de la cultura hegemónica peruana, el costumbrismo, como una primera tendencia en el afán de elaborar una tradición literaria, surge como un movimiento que pretende omitir pasivamente lo colonial. Por su lado, el incaísmo, como participante del proyecto monárquico san martiniano, crítica la colonia con la finalidad de anexionar lo incaico a la república. Para Cornejo, esta es una malinterpretación del sentido de la emancipación, producto de intereses políticos. Una siguiente etapa adopta como tradición a la colonia. Aquí cumple un papel protagónico Ricardo Palma, para quien el origen de la literatura peruana radica en la colonia. Esto manifestaría coincidencias entre el estado de la sociedad republicana y el pasado colonial.

Aunque, anota Cornejo, la concepción de Palma no es propiamente hispanista sino criolla, su manera de ver la colonia carece de sentido crítico problemático. La tendencia hispanista, en tanto "ideología orgánica" de la oligarquía (69), toma como suya la tradición española. La colonia figura, en este caso, como simple enlace con España. El hispanismo reduce lo indígena al pasado y a la nobleza inca, no percibiendo la existencia de una continuidad de la tradición indígena (83). Cornejo ve en el mestizaje que propugna el hispanismo un intento de suprimir las culturas nativas. Otro factor en contra del hispanismo yace en su actitud negativa frente a la modernidad y a lo internacional. En cambio, el proyecto no realizado de Manuel González Prada, que postulaba una nueva tradición no hispánica ni colonial, sí implicaba modernización e internacionalización. La corriente indianista aparece acogiendo la literatura quechua precolombina como formante de la tradición nacional, aunque bajo una perspectiva arcaica, pasadista e idealizante (101). El llamado "primer indigenismo", que sí se preocupa por el presente indígena, lo hace desde una intencionalidad modernizadora y "aculturadora" (103). En el siglo XX, direcciones autónomas o no dependientes tienen su origen en José Carlos Mariátegui, quien concibe lo indígena, en consonancia con lo moderno, como esencial en la delimitación de la literatura nacional. La tesis de Mariátegui acerca de la literatura peruana como "no orgánicamente nacional" es fundamental en la teoría respectiva hasta la fecha.

Se trata, a estas alturas, de reconocer lo indígena como tradición auténtica en los planos formales y significativos, en intercambio dialéctico con lo occidental (140). El libro se ha encaminado hacia esta conclusión, basándose en la historia y "en las experiencias colectivas que emanan de ella" (152). Este es, en realidad, un proyecto que Cornejo propone como utopía realizable, según los derroteros señalados por Mariátegui, Vallejo y Arguedas.

Si bien Cornejo se aplica a lo hegemónico culto o ilustrado, no deja de enjuiciar las categorías específicas de lo popular y lo indígena a lo largo del libro y, en especial, en el Capítulo VI dedicado a las "Tradiciones marginales" y en el Apéndice titulado "La literatura peruana: totalidad contradictoria". Este último es un texto publicado en 1992, en el que el autor hace una reflexión respecto a lo nacional en la literatura peruana, teniendo en cuenta las constantes transformaciones históricas y sociales que reformulan lo literario y lo nacional en términos temporales y espaciales. En esta concepción es esencial el reconocimiento de la productividad de la cultura popular y de la cultura indígena moderna como agentes de una pluralidad conflictiva. En oposición a las concepciones relativas a la unidad de la sociedad peruana, Cornejo sustenta el concepto dialéctico de totalidad —esto es, las relaciones históricas y sociales concretas— lo que le permite incorporar el elemento de la contradicción, que no está incluido en la tesis de la unidad.

Cabe observar que las diferencias regionales, que el autor evalúa como disrupciones (164), son condiciones típicas no negativas, conformantes de una pluralidad que posee dimensiones mucho más complicadas que las establecidas en la oposición de grupos hegemónicos y grupos marginales, pues entre todos ellos y en cada uno de ellos se da también la diversidad y el juego de marginación u otredad ante el grupo vecino. La marginación no se da en una sola dirección que va de lo

hegemónico a lo marginal. Existe una multidireccionalidad de los fenómenos de marginación. Lo que no significa que estos sean equivalentes, ni que posean el mismo contenido social. Por ejemplo, el aspecto mencionado del regionalismo, de la diferenciación frente al otro, tiene —en muchos casos— connotaciones positivas y necesarias para la construcción de la propia identidad y para el establecimiento de canales de comunicación respetuosos en lo concerniente a lo otro, cuya presencia, según Pierre Duviols (1973), conlleva tanto valores de complementariedad como de contradicción. Es de considerar que el yo, y el otro se debaten en la tensión de transformación y conservación de su separación e interdependencia.

Lo marginal no debe convertirse en característica nuclear de los sistemas autóctonos. Estos no encajan en la totalidad del conjunto solamente como marginales, pues poseen valores peculiares, más allá de lo marginal. La predicación de marginalidad aplicada a la cultura nativa es algo relativo.

El asunto de la hegemonía tiene un sentido visto desde una perspectiva crítica externa al mundo indígena, pero desde el ámbito interno de los productores indígenas suele quedar desplazado por las categorías de autonomía y diferenciación. Para estas culturas, la cultura urbana hegemónica no parece interesar salvo como fuente de modelos de prestigio o de poder asimilables a su particular concepción del mundo. En este sentido, lo individual o particular exige respeto con referencia a la totalidad. Siguiendo a T. Adorno, es dable hacer un "elogio" de la no identidad, de la diferencia, en el contexto de lo contingente.

Un problema aparte lo constituye el hecho de que la utilización de formas artísticas y literarias de la cultura representada en la novela realista es parte del método de descripción verosímil del campo cultural tratado. El mimetizarse en formas y significaciones pertenecientes al mundo a ser representado es táctica necesaria en el género novelístico. Valga también como modelo problematizante las obras del teatro quechua colonia, que se enmascaran en lengua, temas, motivos, rituales y personajes, para sus prácticas ideológicas y evangélicas.

Para evitar la carga de prejuicios inherente a los términos "tradición y modernidad", parece más adecuado emplear "tradición e innovación", en tanto se encuentra una terminología más precisa.

La tonalidad, algo acentuada, de persuasión o de invocación que transmite el libro, probablemente está motivada por el rechazo al cuadro de violencia y al apoyo radical que éste recibió de cierta clase de intelectuales en los años 80.

Una peculiar manera de composición ordena el texto por medio de disquisiciones colaterales a la línea central expositiva. Pese a su riqueza especulativa, no dejan de ser expansiones que perturban el discurso básico, dándole cierto aire de conglomerado (el cap. VI y el "Apéndice", pueden apreciarse también como "radiaciones", aunque de mayor intensidad).

*La formación de la tradición literaria en el Perú*, es una aguda descripción e interpretación de nuestro proceso histórico literario. Entre sus aportes más interesantes encontramos su actitud de permanente crítica al statu quo; su visión totalizante de la

materia cultural y social; el concepto de persistencia histórica y vigencia actual de la cultura indígena; la valorización de la dialéctica entre conservación y renovación; la descripción de la polarización de lo hegemónico y lo marginal; la percepción de desarmonías en la literatura nacional; la concepción del proceso literario como inseparable del proyecto de nación; la exigencia de transformación de las relaciones sociales como fundamento indispensable para la construcción de una auténtica literatura nacional. Consideramos que una de las mayores virtudes del libro del profesor Antonio Cornejo radica en la potencialidad de sus tesis para ser aplicadas al conjunto de la literatura latinoamericana.

Eduardo Hopkins R.

ROTKER, Susana. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana, Casa de las Américas, 1992.

El estudio de Susana Rotker, ganador del premio de ensayo Casa de las Américas 1991, se propone explicar "la redefinición de la escritura periodística y literaria en la América Latina a finales del siglo XIX, redefinición encabezada por Martí como corresponsal en Nueva York de los principales diarios hispanoamericanos". La propuesta de tomar la crónica, como centro de reflexión obedece a una doble intención: por un lado, recuperar para los estudios literarios un género marginal y por otro cuestionar la imagen convencional del Modernismo. Para ello la obra de Martí se presenta como paradigmática, más aún cuando es el iniciador de la nueva poética en un momento de profunda crisis que significó precisamente la fundación de una escritura original y propia. En este orden de cosas, la crónica modernista fue un lugar de encuentro entre periodismo y literatura, un lugar de expresión de las contradicciones no resueltas de la época. Entre el subjetivismo y la factualidad, el género permitió a Martí, al igual que a muchos modernistas, criticar y referir su sociedad al mismo tiempo que construir una poética en un espacio más democrático que el libro. Los estudios sobre el modernismo, por su parte, desde los ya clásicos de Angel Rama hasta los recientes de Julio Ramos, Aníbal Gonzales o Iris Zavala, entre otros, han variado sustancialmente su enfoque, observándose un interés creciente por explicar el fenómeno de la constitución de la escritura moderna en Hispanoamérica y su especificidad en el contexto de la modernización de fines del siglo XIX, en cuyo marco la poética modernista, expresada a través de sus diversos géneros, inclusive la lírica, aparentemente tan de espaldas a la historia, ha desempeñado un rol fundamental.

El primer capítulo ("La crónica modernista: algunas consideraciones sobre la crítica literaria") que funciona a manera de introducción, plantea el problema de investigación y justifica la elección de la crónica como objeto de reflexión argumentando que este discurso ocupa una buena proporción de la obra de Martí, Darío y de muchos de los modernistas. Además, el énfasis puesto en la poesía modernista ha impedido hasta cierto punto apreciar los rasgos estilísticos comunes con la crónica, género nuevo de las letras hispanoamericanas, renovador y transgresor, con lo cual se ha configurado una visión parcial del modernismo: se le acusa de ser sólo la fusión